

narle : tenia una presencia agradable ; sus cabellos negros aplastados sobre la frente , cubrian en parte sus vivos y penetrantes ojos : era de color pálido y llevaba en cabestrillo el brazo izquierdo ; después supe que habia sido hilanderero de lana en Manchester , y que privado por un accidente del uso de aquel brazo , abrazó esta nueva profesion como un recurso para subsistir :

Entre los esclavos que atrajo en su primera predicacion , descubrí á mi amigo John Pepper , que acercándose á mí , me dijo así que el misionero se alejó :

— Ese sí que es un excelente hombre , señor Compton ! ¿ qué bien habla ! Nos ha enseñado la verdadera fé , ha hablado de Dios , de la libertad , y á mí me ha dicho : vengo á tu choza para enseñarte una nueva luz .

— Amigo Pepper , esa nueva luz no te hace falta ; créeme , si vuelve á tu choza , no le escuches .

Pero el pobre John no hizo caso de mis consejos . M. Saul Fallower visitó asiduamente á los negros , y no tardaron sus predicaciones en tener funestos efectos . En pocos dias fueron sustituidas las bulliciosas danzas por discusiones fanáticas y acaloradas . Durante el dia , discutian los negros sobre sus derechos y sobre la inutilidad de la obediencia ; no llevaba M. Saul Fallower dos meses de residencia en el pais , y ya la capilla estaba siempre desierta : la voz del respetable Wilson no era escuchada , y los negros se habian vuelto perezosos é insubordinados . Suspendí mis paseos de la tarde , y permanecí en compañía de mi patron á quien habia alarmado vivamente aquel suceso que ponía en peligro su rico establecimiento .

Habia yo contraído relaciones bastante íntimas con una jóven esclava propia de M. L. ; esta muchacha hubiera podido pasar en Inglaterra por una graciosa morena ; sus largos cabellos negros cubrian una piel que á pesar de su matiz cobriza , tenia sin embargo un color bastante agradable ; Maria me apreciaba en extremo , y muchas veces recibí por su conducto informes de la mas alta importancia . Un dia que , hablando del misionero metodista decia , yo de buena gana le echaria con mil diablos , me contestó ella ;

— No es necesario que vos le echeis , Sr. Guillermo , porque me parece que no tardará él en irse .

— ¿ Por qué razon , María ?

— ¡ Oh ! ya veréis , mientras se limite á hablar de la fé todo marchará bien , pero el otro dia ha pronunciado un gran sermón sobre los obeahs ; ha dicho que los obeahs era gente peligrosa , y que no se les debia escuchar . La vieja Nelly estaba allí y lo oyó todo .

— Eso es imposible , María , dije interrumpiéndola , porque Nelly es sorda .

— ¿ Qué equivocado estais , Sr. Guillermo ! Oye y vé mejor que vos , y estoy segura de que no perdonará al misionero .

— ¿ Y qué mal puede hacerle ?

— ¿ Que mal ? todo el posible ; puede hacerle morir en un minuto , en una hora , en un año si quiere ; son tan poderosos los obeahs !

— ¿ Luego emplea el veneno ? Pero María , ¿ como puede administrarle sin ser descubierta ?

— ¿ Y quién es capaz de descubrirla ? ¿ Qué negro se atreverá á desobedecer sus órdenes ? Mirad , señor Guillermo , continuó abriendo mi caja , de la que sacó una pequeña cantidad de polvo , mirad : con tanto así se puede matar en un año , con esta porcion en dos meses , y con todo en un solo dia : esto no falta , porque lo sé de cierto por mi madre que me dejó unos pocos de estos polvos .

Y ¿ qué aspecto tienen ?

— Como de tierra , añadió María .

— De tres años que hace que ha muerto vuestra madre á esta parte , ¿ qué ha sido de esos polvos , María ?

— ¡ Oh ! ese es mi secreto , replicó poniéndose colorada , y se separó de mí rápidamente .

Como habia mil veces oido decir á M. L. que los negros poseen venenos de la mas peligrosa naturaleza , cuya preparacion es conocida solamente de los obeahs , di inmediatamente parte de todo esto al médico del establecimiento con quien estaba relacionado , quien me dió acerca de ello varias noticias curiosas sobre las intrigas secretas de los obeahs y su poder , tanto mas temible , cuanto que está rodeado del mas profundo misterio .

La autoridad de M. Saul Fallower sobre los negros tomaba incremento de dia en dia , de lo que resultó tal indocilidad de parte de ellos , que una mañana amanecieron declarando que tenian derecho para ser libres y no trabajar . La paz y la dicha habian desaparecido de la plantacion ; M. L. no tenia un solo momento de tranquilidad , y los vigilantes asustados , no podian conseguir obediencia de los negros sino con muchísimo trabajo .

Un dia en que me habia sentado detrás de la espesura de unos matorrales desde donde no me podian ver los trabajadores , me entretenia en contemplarlos formados en dos filas y ocupados en cavar , cuando hirió mis oidos la conversacion que los dos principales de ellos tenian , y era del tenor siguiente :

— Yo te digo que no es esa la verdadera fé , decia el primero .

— Y ¿ qué diablos sabes tú de la verdadera fé ?

— ¿ Que sí lo sé ? Yo te lo explicaré . Supongamos que dividen á un hombre en dos partes de un sablazo , ó con una hoz , por ejemplo ; pues bien , si ese hombre tiene fé verdadera , los dos pedazos se reunirán y él seguirá tan bueno como antes .

— Bien , bien ; déjate ahora de cuentos y de sablazos ; esta noche buena verás el uso que se hará de ellos , segun dice M. Saul . Y entonces el negro se puso á cantar con voz ronca y sombría . — « Cuando venga la pascua verá el hombre blanco . — *Alleluja* . — Que todos los esclavos pueden ser hombres libres . — *Alleluja* . »

— ¿ Cuántas semanas saltan para Navidad ? preguntó una voz que reconocí ser la de John Pepper .

— Bah ! bah ! le respondieron ; mejor harías en acordarte de Cora que en contar las semanas . Esta observacion escitó la alegría de toda la asamblea .

— M. Saul enseña la verdadera fé á Cora , dijo otro ; y una risa general acogió estas palabras .

Entonces conocí claramente el estado de las cosas ; era evidente que el misionero queria concitar á los esclavos á la sublevacion , y todo me hacia temer que pretendiese tambien separar á Cora de sus deberes . A la noche siguiente me presenté en la cabaña de John ; estaba solo , sentado á la puerta y con ademan bastante triste , preocupado al parecer su ánimo con las chanzonetas de sus camaradas y la conducta de su amigo , pues de algun tiempo á aquella parte solia Cora tener largas entrevistas con el misionero , sin curarse de los celos de su marido .

— ¿ Cómo tan solo John ? le pregunté , ¿ dónde está tu mujer ?

— Se ha ido con el misionero , señor Compton ; y todavía no ha vuelto , añadió suspirando .

— Mas , extraño que siendo tan linda hagas de ella tan poco caso .

— Menos hace ella de mí , mucho menos ; desde que vá á ver á M. Saul , dice que no puede amar á un negro como yo .